DE NOCHE VIENES

Elena Poniatowska

VIENTOS DEL PUEBLO

fce

DE NOCHE VIENES

ELENA PONIATOWSKA

DE NOCHE VIENES

Ilustraciones
CÉSAR SILVA PÁRAMO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2019
[Primera edición en libro electrónico, 2019]

Coordinador de la colección: Luis Arturo Salmerón
Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-6222-4 (ePub)
ISBN 978-607-16-6199-9 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

PERO, USTED, ¿NO SUFRE?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—A veces, un poquito, cuando me aprietan los zapatos…

—Me refiero a su situación, señora —acentuó el *señora*, lo dejó caer hasta el fondo del infierno: se-ño-ra—, y lo que de ella puede derivarse. ¿No padece por ella?

—No.

—A usted, ¿no le costó mucho trabajo llegar a donde está? ¿No fueron grandes los esfuerzos de su familia?

La mujer se removió en su silla y sus ojos verdes dejaron de interrogar al agente del Ministerio Público. Miró en el suelo la punta de sus zapatos, éstos no le apretaban; eran los del diario.

—¿No trabaja usted en un instituto que emana directamente de la Revolución mexicana? ¿No se ha beneficiado con ella? ¿No goza usted de los privilegios de una clase que ayer apenas llegaba del campo y hoy recibe escuela, atención médica, bienestar social? Usted ha podido subir gracias a su trabajo. ¡Ah, se me olvidaba que su concepto del trabajo es un tanto curioso!

La mujer protestó con una voz muy clara, aunque sus entonaciones fueran infantiles:

—Soy enfermera titulada. Puedo enseñarle mi título, ahora mismo, si vamos a mi casa.

—¿Su casa? —ironizó el agente del Ministerio Público—, ¿su casa? ¿Cuál de todas?

El juzgado era viejo; pura madera carcomida, pintada y vuelta a pintar y la cara del agente del Ministerio Público extrañamente no se veía tan vieja, a pesar de sus hombros encorvados y los sacudimientos que los estremecían. Vieja su voz, viejas sus intenciones, torpes sus ademanes y esa manera de fijar los ojos en ella a través de los lentes e irritarse como un maestro con el alumno que no ha aprendido la lección. “Las cosas —pensó ella— contaminan a la gente; este hombre parece un papel, un cajón, un tintero. Pobre.” Tras de ella, en las otras butacas no había nadie. Sólo un policía se rascaba las verijas cerca de la puerta de salida. Ésta se abrió para dar paso a una chaparrita que se irguió junto al escritorio del agente del Ministerio Público y le tendió un documento. Después de revisarlo, la amonestó en voz alta: “Deben tipificarse debidamente los delitos… Y el final, siempre se le olvida a usted el ‘Sufragio Efectivo no Reelección’. ¡Que no se le vuelva a pasar, por favor!”

Una vez solos, la detenida volvió a inquirir con su voz aguda:

—¿Podría llamar a mi casa?

El licenciado estaba por repetir hiriente: “¿A cuál de ellas?”, pero prefirió emitir una negativa redondeando la boca en tal forma que todas las arrugas convergieron en un culo de pollo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque es-ta-mos-en-ple-no-in-te-rro-ga-to-rio. Estoy levantando un acta.

—Ay, y si quiero ir al baño, ¿tengo que aguantarme?

“Dios mío, esta mujer es retrasada mental, ¿o qué? Pero si así fuera, ¿habría recibido su título?”

—¿A quién quisiera usted hablarle? —inquirió con renovada curiosidad.

—A mi papá.

—A su papá… a-mi-pa-pá —arremedó—. Así es de que encima de todo tiene usted papá.

—Sí —dijo ella columpiando las piernas—, sí, me vive mi papacito.

—¿Ah, sí? ¿Y su papá sabe qué clase de hija tiene?

—Yo me parezco a él —dijo la mujer-niña con una sonrisa—. Siempre nos hemos parecido, siempre, siempre.

—¿Ah, sí?, ¿y a qué horas lo ve, si me hace el favor?

—Los sábados y domingos; procuro pasar los fines de semana con él.

La dulzura del tono hizo que el policía dejara de rascarse.

—¿Todos los sábados y domingos?

—Bueno, no todos, alguna vez se presenta una emergencia y no voy. Pero siempre le aviso por teléfono.

—Y a los demás, ¿les avisa usted?

—También.

—Procure no balancearse, señora, estamos en un juzgado.

La mujer miró con sus ojos candorosos las diez butacas vacías tras de ella, el mostrador de palo pintado de gris y los archiveros altísimos D. M. Nacional. Al pasar por las piezas que antecedían a la oficina del agente del Ministerio Público, casi se le vinieron encima los escritorios de lámina,

ellos también cubiertos de expedientes apilados sin orden, algunos con una tarjeta blanca entre las hojas a modo de señal. Incluso, estuvo a punto de tirar uno de los alteros peligrosamente esquinado tras el cual comía su *lunch* una mujer gorda acodada a la mesa. Por lo visto le había dado previas mordidas a su torta y ahora le añadía con fruición grandes y sebosas tajadas de aguacate rebanadas con la plegadera. También el piso de granito muy gastado, grisáceo, era sórdido, aunque a diario lo trapearan, y las ventanas que daban a la calle, por cierto muy chiquitas, tenían unos barrotes gruesos y pegados los unos a los otros. Los vidrios siempre sucios dejaban pasar una luz terregosa y triste; se veía que a nadie le importaba esta casa, que todos huían de ella una vez terminado el trabajo, que ningún aire entraba a las oficinas a no ser el de la puerta de la calle que se cerraba de inmediato. La gorda guardó en una bolsa de papel estraza, en la que también había un plátano, los restos de la torta seguramente para acabarla más tarde y el cajón se cerró con un ruido de resorte. Luego, con las mismas manos, se enfrentó a su máquina de escribir. Todas eran altas, muy viejas y la cinta jamás regresaba sola. La gorda introdujo su dedo en el carrete, la uña al menos, y se puso a regresarla, después se cansó y con el dedo entintado jaló el cajón de en medio del escritorio y sacó una pluma atómica que metió en el centro de la cinta. Cuando acabó, y ya con los anteojos puestos, procedió a iniciar la tarea sin importarle que la detenida en la antesala alcanzara a leer el oficio. “El de la voz afirma no haber estado en su casa a la hora de los acontecimientos…” Se interrumpió para acomodar las copias, mojándose el pulgar y el índice; todos los oficios se hacían con diez copias y cuando bien les iba con cinco, por eso en los botes de basura cuadrados y grises había mucho papel carbón gastado, con las siglas DDF. “¡Híjole!, cuánto papel carbón, ¿para qué querrán tanta copia?” Todos en el juzgado parecían estar inoculados en contra de la crítica y la autocrítica; unos se rascaban las costillas, otros los sobacos, las mujeres se arreglaban un tirante del brasier, pujando. Pujaban también al sentarse, pero una vez sentadas volvían a levantarse para ir a otro escritorio y consultar algo que las hacía rascarse la nariz o pasarse repetidas veces la lengua sobre los dientes buscando algún prodigioso miligramo que una vez hallado se sacaban con

el dedo meñique. Total, que si ninguno se veía a sí mismo, ninguno veía tampoco a los demás.

—Que manden a García para tomar la declaración.

—¿Cuántas copias van a hacer? —preguntó la acusada.

Nada turbaba la limpidez de su mirada, ninguna sombra, ninguna segunda intención en la superficie brillante. El agente del Ministerio Público tuvo que responder:

—Diez.

—¡Ya lo sabía! —exclamó triunfante.

—¿Pues cuántas veces la han detenido?

—Nunca, ésta es la primera. Lo sé porque me fijé en la entrada. Soy muy observadora —dijo con risa satisfecha.

—Debe serlo para poder sostener una situación semejante durante siete años.

La mujer sonrió, una sonrisa fresca, inocente, y el juez pensó: “Con razón…”, y estuvo a punto de esbozar una sonrisa: “Debo mantener esto en un terreno impersonal, pero ¿cómo hacerlo con esta mujer que parece estar jugando, cruza y descruza las piernas y enseña unas rodillas doradas, redondas, perfectamente bien acabadas?”

—Vamos a ver… Su nombre.

—Esmeralda Loyden.

—¿Edad?

—Veintisiete años.

—¿Lugar de nacimiento?

—México, Distrito Federal.

—¿Defeñita?

—Sí —sonrió de nuevo Esmeralda.

—¿Domicilio?

—Mirto número 27, interior 3.

—¿Colonia?

—Santa María la Ribera.

—¿Zona postal?

—Cuatro.

—¿Oficio?

—Enfermera. Oiga, señor juez, el domicilio que le di es el de mi papá —sacudió su cabeza productora de cabellos y rizos—. Las otras direcciones usted las tiene.

—Bueno, ahora vamos a ver lo de sus actas. ¿Está usted tomando nota, García?

LISTA DE SUELDOS
FRUSTRADOS

—Sí, licenciado.

—¿Católica?

—Sí.

—¿Profesa?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Siempre voy a misa los domingos, señor juez.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se siente?

—Bien, señor juez, sobre todo me gustan las misas cantadas.

—¿Y las de Gallo? Ésas deben gustarle más —carraspeó el viejo.

—Ésa es una vez al año, pero también me emociona.

—¿Ah, sí?, y ¿con quién va?

—Con mi papá. Procuro pasar la Navidad con él.

Esmeralda agrandó sus ojos verdes como el pasto tierno que nunca ha sido pisado. “Pero si hasta parece una virgen”, pensó el agente.

—Vamos a ver, García. Vistos para dictar sentencia a la causa número 132/6763, instruida en el Juzgado Trigésimo Segundo Penal por los delitos de adulterio quintuplicado.

—¿Quintuplicado, licenciado?

—Son cinco, ¿o no?

—Sí, licenciado, pero sólo la acusa uno.

—Pero está casada con los cinco, ¿o no?

—Sí, señor.

—Apunte usted, entonces, veamos la primera acta de Querétaro, estado de Querétaro. Dice así: “Estados Unidos Mexicanos. En el nombre de la República de México y como juez del Estado Civil de este lugar hago saber a los que la presente vieren y certifico ser cierto que en el libro número ‘Matrimonios’ del Registro Civil que es a mi cargo, a la foja 18, año de 1948, permiso de Gobernación número 8577, Exp. 351.2/49/82756 de fecha 12 de junio de 1948, F. M. a las veinte horas, ante mí comparecen el ciudadano Pedro Lugo Alegría y la señorita Esmeralda Loyden con el objeto de celebrar matrimonio bajo el régimen de Sociedad Conyugal”. ¿Tomó nota, García? Como ésta, hay cuatro actas más, todas debidamente

legalizadas y timbradas. Sólo cambian los nombres de los ciudadanos contrayentes del sexo masculino porque el de la contrayente, nanay, siempre es el mismo: Esmeralda Loyden. Aquí hay un acta levantada en Cuernavaca, Morelos; otra en Chilpancingo, Guerrero; otra en Los Mochis, Sinaloa, y la quinta en Guadalajara, Jalisco. Hasta eso, además de bígama, le gusta a usted viajar, señora.

—No crea usted que tanto, licenciado, ellos son los que… bueno, por aquello de la luna de miel.

—¡Ah, sí!

—Sí, licenciado, por mí, me hubiera quedado en el Distrito Federal —añadió con voz melodiosa.

De nuevo entró la chaparrita con su fólder. El agente, exasperado, tomó el papel con brusquedad y vociferó:

—"… con las inspecciones oculares y fe ministeriales, tanto de los daños causados durante el desarrollo de los acontecimientos citados en el inciso inmediatamente anterior…", y ya de ahí sígase usted sola, si no es más que una copia… ¡Ah, y mire! Se le olvidó otra vez el "Sufragio Efectivo no Reelección", ¿no le digo?, pues no se distraiga. Que no vuelva a suceder, por favor.

Se veía que al agente ya le andaba por volver al caso de Esmeralda Loyden porque cuando la enana cerró la puerta, se apresuró a decir:

—Los nombres de los contrayentes, García, deben aparecer en el ordenamiento jurídico por riguroso orden alfabético: Carlos González Ramos, Pedro Lugo Alegría, Gabriel Mercado Zepeda, Livio Martínez Cruz, Julio Vallarta Blanco… uno, dos, tres… cuatro, cinco —contó para sí mismo el juez…—. Así es de que usted viene siendo la señora Esmeralda Loyden de González.

Esmeralda Loyden de Lugo.

Esmeralda Loyden de Martínez.

Esmeralda Loyden de Mercado.

Esmeralda Loyden de Vallarta… *Ujum.* ¿Cómo le suena a usted, García?

—Bien.

—¿Cómo que bien?

—Los nombres están correctos, licenciado, pero el único en hacer la denuncia es Pedro Lugo Alegría.

—No le estoy preguntando eso, García, estoy haciendo hincapié en la implicación moral, legal, social y política del caso que por lo visto a usted se le escapa.

—¡Ah, bueno, licenciado!

—¿Se ha encontrado usted, García, con algún caso semejante a lo largo de su vida?

—No, licenciado, bueno, no en una mujer porque en hombres… —García chifló en el aire; el silbido largo como de tren que pasa.

—Veamos lo que tiene que decir la acusada. Pero antes permítaseme una pregunta estrictamente personal, señora Esmeralda. ¿No confundía usted a Julio con Livio?

Esmeralda, con la vista fija, semejaba una criatura frente a un caleidoscopio de una profundidad insondable bajo el flujo de las aguas transparentes de sus ojos; un caleidoscopio en el aire, puesto allí sólo para ella. El juez, despechado, tuvo que repetir su pregunta y Esmeralda se sobresaltó como si la pregunta le molestara:

—¿Que si los confundo? ¡Oh, no, señor juez, son tan distintos!

—¿Nunca tuvo usted una duda, un tropiezo?

—¿Cómo podría tenerlo? —respondió con energía—, los respeto demasiado.

—¿Ni siquiera en la oscuridad?

—No lo entiendo, licenciado.

Esmeralda posó sobre el viejo una mirada tranquila, límpida, y el agente tuvo que dar marcha atrás. “¡Es increíble —pensó—, increíble, soy yo el que ahora voy a tener que pedirle una disculpa!” Entonces arremetió:

—¿Se sometió usted al examen ginecológico con el médico legista?

—No, ¿por qué? —protestó García—, si no se trata de un caso de violación.

—Ah, sí, de veras, a los que habría que someter es a ellos —rió el agente manoteando vulgarmente.

La mujer sonrió también, como si no se tratara de ella; sonrió por gentileza, para acompañar al viejo y esto lo desconcertó aún más.

—¿Así es de que cinco? —tamborileó en la puerca mesa de madera.

—Los cinco me necesitaban.

—Y usted pudo prodigarse.

—Tenían una urgencia mucho muy considerable.

—¿Y los hijos? ¿Tiene hijos? —preguntó casi con respeto.

—¿Cómo podría tenerlos? Ellos son mis hijos, los cuido y los atiendo en todo, no tendría tiempo para otros.

El juez no pudo proseguir; los chistes de doble sentido, las groserías, los comentarios ingeniosos le pasaban por encima y García era una bestia peluda, una res echada, parecía incluso haberse solidarizado con la acusada. ¡No faltaba más! No estaría pensando en convertirse… Tendría que esperar la hora de la cantina para compartir con los cuates el rostro y la vida de esta mujer que sonreía simplemente porque sonreír era parte de su naturaleza.

—Supongo que al primero lo conoció usted en el parque.

—¿Cómo lo sabía? Sí, a Carlos lo encontré en el Parque Hundido; yo leía allí la novela de José Emilio Pacheco *Morirás lejos.*

—¿Así es de que a usted le gusta leer?

—No, es al único que he leído, y eso porque a él lo conozco —Esmeralda se animó—. Yo creí que era un cura, fíjese usted, coincidimos en un pesero y al bajar le pedí: “Padrecito, deme la bendición”, y él se puso nerviosísimo, hasta sudaba, y me tendió algo negro: “Mire, para que vea que no lo soy, le regalo mi libro”.

—Bueno, ¿y qué pasó con Carlos?

—Pedro, perdón, Carlos se sentó en la banca en donde yo leía y me preguntó si estaba bonito y así empezó todo. ¡Ah, no!, luego se le metió una basura en un ojo, ya ve que febrero es el mes de las tolvaneras, y ofrecí sacársela, le estaba llorando muchísimo, le dije que yo era enfermera y pues… se la saqué. Oiga, y a propósito, estoy viendo desde hace rato que a usted le llora mucho el ojo izquierdo, por qué no le dice a su esposa que le ponga tantita manzanilla, pero no de la del sobre, de la fresca, pero que se la den bien floreadita, dígale a su esposa, yo si pudiera se lo hacía, pero

necesita estar limpísimo el pocillo en el que se hierve una nadita de manzanilla, pero de la buena, y luego mantenerse así, la cabeza echada para atrás, unos diez minutos a que le penetre bien, va usted a ver cómo descansa, así la pura flor de la manzanilla.

—Así es de que usted es de las que se ofrecen… a ayudar.

—Sí, licenciado, es mi reacción natural. También con Gabriel sucedió lo mismo; se había flameado el brazo, viera usted qué feo lo tenía, una pústula tras otra y lo curé, a mí me tocó vendarlo, me lo ordenó la doctora Carrillo. Ya cuando se alivió, me dijo no sé cuántas veces que lo que más quería en la vida, además de mí, era su brazo derecho porque por él…

Las cinco historias de Esmeralda Loyden eran parecidas, un caso suplantaba a otro con muy pocas variantes. Relataba sus matrimonios con ojos luminosos y confiados, a veces era hasta inocentemente fatua en sus asertos: “Sin mí, Pedro no puede vivir. No sabe ni dónde están sus camisas”. Al agente del Ministerio Público le temblaban sobre los labios los términos perversión, perfidia, depravación, el más absoluto descaro, pero nunca se presentó la oportunidad de emitirlos y eso que le quemaban la lengua. Con Esmeralda perdían todo su sentido. Su relato era llano, sin recovecos, simple; los lunes eran de Pedro, los martes de Carlos y así hasta completar la semana, inglesa por supuesto, porque los sábados y los domingos los destinaba a lavar y planchar su ropa y la de ellos y preparar algún guiso para Pedro, el más antojadizo de los cinco. Cuando surgía una emergencia, un cumpleaños, un santo, un día de campo, entonces daba también su sábado, su domingo. No, no, ellos lo aceptaban todo, con tal de verla, y ella siempre les puso como única condición el no abandonar su carrera de enfermería.

—Y ellos, ¿están conformes con que les dé usted un solo día?

—A veces les toca su pilón. Además, ellos también trabajan. Carlos es agente viajero pero siempre procura estar en México los miércoles, ésos no se los pierde; Gabriel vende seguros, también viaja y es tan inteligente que le han ofrecido chamba en la IBM.

—¿Y nunca han deseado un hijo?

—Nunca me lo han dicho así de fuerte. Cuando lo platicamos les respondo que apenas llevamos unos años, que el amor se madura.

—Y ellos, ¿aceptan?

—Sí, por lo visto.

—Pues, por lo visto, no, ya se le cayó su teatrito porque la han denunciado, señora.

—Ése fue Pedro, siempre ha sido más colérico, más enérgico, pero en el fondo, señor juez, es muy buena onda, tiene buen corazón, haga usted de cuenta, la leche que se sube y después se arrepiente… ya lo verá usted.

—No voy a ver nada porque usted está consignada; lleva ocho días en los separos. ¿O no lo ha notado, señora Esmeralda, no le pesa el encierro?

—No tanto, aquí todos son muy buenas gentes; además se pierde la noción del tiempo. He dormido por lo menos ocho horas por la noche, porque en verdad estaba yo cansada.

—Me lo imagino. Entonces, usted, ¿no la pasa mal nunca?

—No. Nunca me he dormido con una cosa mala en la cabeza.

Y de veras, la muchacha se veía bien; la piel saludable y limpia, los ojos brillando de salud; toda ella de una apacible tersura. ¡Ah!, y también el pelo le brillaba, un pelo de animalito recién nacido, un pelo fino que daban ganas de acariciar así como daban ganas de jalar su nariz respingada. El licenciado tuvo un arrebato de furia, ya estaba harto de tanta inconsecuencia:

—Y, ¿qué no se da cuenta de que vivió en la promiscuidad más absoluta, que engañó, que en-ga-ña, que usted no sólo es inmoral sino amoral, que no tiene principios, que es pornográfica, que el suyo es un caso de enfermedad mental, que su ingenuidad es un signo de imbecilidad, dad, dad… —empezó a tartamudear—. ¡Gentes como usted minan nuestra sociedad en su base, destruyen el núcleo familiar, son una lacra social! ¿Qué no se da cuenta de todo el mal que ha hecho con su conducta irresponsable?

—¿Mal a quién? —chilló Esmeralda.

—A los hombres que engaña, a sí misma, a la sociedad, a los principios de la Revolución mexicana.

—¿Por qué? Los días compartidos son días felices, armoniosos, que a nadie dañan.

—¿Y el engaño?

—¿Cuál engaño? Una cosa es no decir y otra cosa es engañar.

—Usted está loca. Además, lo va a corroborar el alienista; de eso tenga plena certeza.

—¿Ah, sí?, y entonces, ¿qué pasará conmigo?

—¡Ah, hasta ahora se preocupa de eso! Es la primera vez que piensa en su suerte.

—En realidad, sí, licenciado, nunca ha estado dentro de mi carácter preocuparme.

—Yo no sé qué clase de mujer es usted, no la entiendo. O es una débil mental… o no sé, una cualquiera.

—¿Una cualquiera? —se puso seria Esmeralda—, eso dígaselo a Pedro.

—A Pedro, a Juan y a varios, a cualquiera de sus cinco maridos que cuando lo sepan van a pensar lo mismo.

—No creo que piensen lo mismo; todos son distintos, yo no pienso lo mismo que usted, ni podría.

—Pero ¿no se da cuenta de su terrible inconsciencia? —pegó el agente con el puño sobre la mesa haciendo volar el polvo milenario—. Es usted una pu… Se comporta como una prosti… —curiosamente, ante ella no podía terminar las palabras; su sonrisa lo cohibía; mirándola bien nunca había visto a una muchacha tan bonita; no es que fuera bonita así a las primeras de cambio sino que iba creciendo en salud, en limpieza, en frescura; parecía acabada de bañar, eso era, recién salidita del baño, ¿cuál sería su olor?, pue' que a vainilla, una mujer con todos sus dientes, bien que se le veían cuando echaba la cabeza para atrás riéndose, porque se reía la muy descarada—. Bueno, y usted, ¿no se desprecia a veces como si fuera basura?

—¿Yo? —interrogó sorprendida—, ¿por qué?

El agente se sintió desarmado:

—García, llame usted a Lucita para que consigne la declaración.

Lucita resultó ser la del aguacate y el plátano. Llevaba su bloc de taquigrafía bajo el brazo, el dedo todavía entintado. Se sentó pujando y murmuró: "La dicente…"

—No, mire, tómelo directamente a máquina, sale mejor. ¿Qué tiene usted que decir en su defensa, señora Esmeralda?

—No conozco los términos jurídicos, no sabría decir. ¿Por qué no me aconseja usted que es tan competente, licenciado?

—Es… es… es el colmo —tartamudeó el agente—, ahora yo soy el que tengo que aconsejarla, lea usted el expediente, Lucita.

Lucita abrió un fólder con una tarjeta blanca en medio y advirtió:

—No está firmado.

—Si quiere —propuso Esmeralda—, firmo.

—Si no ha declarado, ¿cómo va a firmar?

—No importa, firmo antes. Al fin que me dijo Gabriel que en los juzgados ponen lo que quieren.

—Pues su Gabriel es un mentiroso y voy a tener el gusto de enviarle un citatorio acusándolo de difamación.

—¿Podré verlo? —preguntó gustosa Esmeralda.

—¿A Gabriel? Dudo mucho de que él quiera poner los ojos en usted.

—Pero el día que venga, ¿me mandará usted llamar?

“Loca, tarada, animala, todas las mujeres están locas, son unas viciosas, unas degeneradas, dementes, bestias, mira que meterse con cinco a la vez y amanecer como la fresca mañana, porque a esta mujer no le hacen mella tantas y tantas noches de guardia ni le llega nada de lo que le digo, por más que me empeño en encauzarla, en hacerla comprender.”

—Para entonces ya estará usted tras las rejas de Santa Marta Acatitla, por desacatos a la moral, por bígama, por insensata —barajó otros posibles delitos—, por agravios a particulares, asociación delictuosa, invitación a la rebelión, ataques a las vías públicas, sí, sí, ¿no se encontraron en el parque usted y Carlos?

—Pero ¿podré ver a Gabriel?

—¿Al que más quiere es a Gabriel? —preguntó súbitamente intrigado el agente del Ministerio Público.

—No. Los quiero a todos, a toditos, a todos igual.

—¿Hasta a Pedro, quien la denunció?

—Ay, mi Pedrito lindo —dijo ella acunándolo entre sus pechos por lo visto muy firmes porque se mantuvieron erectos mientras ella hacía el ademán de mecer a Pedro.

—Nada más eso me faltaba.

Lucita, con su lápiz tras la oreja, ensartado en su pelo grasiento, hacía tronar algo entre sus manos, una bolsa de papel estraza, quizá para que el agente la tomara en cuenta o para que cesaran sus gritos. Hacía rato que no le quitaba los ojos de encima a la acusada, de hecho cuatro o cinco empleados no perdían palabra del careo; Carmelita dejó su *Lágrimas y Risas* y Tere también arrumbó su fotonovela; Carvajal se había parado junto a García y Pérez y Mantecón escuchaban sin parpadear. En ese juzgado todos usaban corbata pero se veían sucios, sudados, la ropa pegada como cataplasma, los trajes lustrados, llenos de lamparones, del horrible color

café que acostumbran los morenos y los hace parecer una tablilla de chocolate rancio. Lucita suplía su baja estatura con colores chillones; por ejemplo, una falda verde con una blusa nailon amarilla o al revés; puras combinaciones cirqueras, pero ahora su expresión era tan entusiasta que se veía atractiva; el interés los ennoblecía a todos; habían dejado de chanclear, rascarse, embarrarse en contra de los muros; ninguna desidia podía flotar ahora en el recinto; cobraban vida, recordaban que alguna vez fueron hombres, y no sólo eso sino jóvenes, ajenos al papeleo y a la tarjeta marcada; una gota de agua cristalina resplandecía sobre cada una de sus cabezas: Esmeralda los estaba bañando.

—Allá afuera esperan los de la fuente —advirtió Lucita al agente del Ministerio Público.

El agente se levantó. Tenía la costumbre de no hacer esperar a la prensa: el cuarto poder. Entre tanto, Lucita se acercó a Esmeralda y le palmeó el muslo.

—No se preocupe, chula, yo estoy con usted, ¿eh, chula? A mí hasta gusto me da porque el desgraciado con quien me casé al rato ya tenía otra y hasta le puso casa y aquí me tiene haciendo oficios. Así es de que qué mejor que una como usted se vengue. Yo le voy a ayudar en la averiguación previa, por mi madre que le ayudo, chulita, y no sólo yo, también Carmelita la del escritorio allá fuera y Carvajal y Mantecón y Pérez y don Miguelito, que es algo anticuado, pero bueno, pa’ qué le digo, pa’ nosotros usted vale más que Yesenia. Vamos a ver, yo le empiezo el oficio: “La dicente…”

Ya para entonces, Esmeralda, sentenciada o no, sentía un sueño que la hacía acurrucarse en el asiento como un gatito que a todos resultaba grato, sobre todo a Lucita, cuyas teclas volaban jubilosas entre los términos legales, que si escritos son totalmente oscuros, dichos en voz alta resultan entidades innominables, pero que Lucita se empeñó en comunicar a Esmeralda en voz alta para dar mayor prueba de su fidelidad. En un momento dado, después de mecanografiar "Servicios Coordinados de Prevención y Adaptación Social", y darse cuenta de la nula respuesta de la de la voz, Lucita le susurró al oído:

—Tiene sueñito, mi chula, ya merito acabamos, no más me falta lo de la reparación del daño y el notifíquese, amonéstese a la sentenciada, ya no me cupo, bueno, allí se va conforme a la ley, hágasele saber el derecho y término que tiene para la apelación, expídan*c*e, creo que es con *s*, ni modo, las boletas y copias correspondientes, la palabra *copula* lleva acento pero no se la puse en ninguna de las cinco veces, ni que importara tanto. A ver, mi linda, échele aquí una firmita y… oiga, ¿le traigo un refresquito pa' que se despabile? Éstas son las fichas signaléticas, se le decreta la formal prisión como presunta responsable pero ni caso haga porque no vamos a dejar que esto suceda; falta el certificado médico y la fe de avalúo correspondiente, las conclusiones de ley, que todas van a serle favorables, va a ver chulita, de eso me encargo yo, a usted no puede irle mal.

En los separos, después de un buen caldo con alón y muslo, Esmeralda durmió rodeada de la simpatía de las celadoras. Al día siguiente, muchas agrupaciones acudieron a manifestarle su adhesión, los sectores femeniles de varios partidos, y René Cardona junior, muy insistente en filmar una película al vapor. Los de la fuente habían dado la noticia en forma escandalosa: "Cinco, como los dedos de la mano", a ocho columnas en la sección de policía y el *Ovaciones* en grandes titulares negros publicó: "Vaya quinielita y el jockey es una mujer", con tres puntos de exclamación de cada lado. Un editorialista inició sombríamente su columna: "Una vez más es confrontada y puesta a prueba nuestra naturaleza primitiva", y abundó en lo de los bajos instintos, y otro, obviamente un técnico del Conacyt, habló de la multiestratificación de la mujer, su cosificación, el trabajo doméstico

no asalariado que por ende no le permite acceder a las señeras cimas de la cultura y otras peligrosas tergiversaciones que los lectores se prometieron leer para más tarde. En fin, el día resultó ajetreado; entre los múltiples visitantes se asomaron dos monjas muy agitadas, y eso sin hablar de las religiosas sin hábito que son muchas, sumamente progresistas y casi siempre francesas. “Híjole”, pensó Lucita, “qué estimulante, qué día para nosotras. Aunque Esmeralda esté medio piradona, nos sirve de bandera y su lucha es la nuestra”. El agente del Ministerio Público se encargó —al ver los ánimos caldeados— de echarle agua fría al anunciar:

—La audiencia se hará a puerta cerrada.

Lucita desapareció casi tras la altura de la vieja máquina de escribir con su cinta que tenía que regresar con el dedo:

> En Iztapalapa, Distrito Federal, siendo las diez horas y treinta minutos del día 22, estando dentro del término señalado por el artículo 19 constitucional se procedió a resolver la situación jurídica de la señora Esmeralda Loyden de González, de Lugo, de Martínez, de Mercado, de Vallarta, a quien el Ministerio Público le imputa la comisión de los delitos de adulterio en quinto grado, considerado el cuerpo del delito de bigamia, previsto por el artículo 37 párrafo primero del Código Penal, que se encuentra comprobado en los términos del artículo 122 del Código de Procedimientos Penales con la fe de daños presentada por el denunciante el que en su estado normal dijo llamarse Pedro Lugo Alegría, quien protestado y advertido en términos de ley para que se conduzca con verdad y sujeto a las sanciones a los que declaran con falsedad manifestó llamarse como queda escrito, de treinta y dos años de edad, casado, católico, con instrucción, empleado, originario de Coatzacoalcos, estado de Veracruz, quien en lo esencial de su declaración dijo que el lunes 28 de mayo al no ver llegar a su esposa como acostumbraba todos los lunes a las veinte horas en punto al domicilio conyugal sito en Patriotismo número 246, interior 16, zona postal 13, colonia San Pedro de los Pinos, fue a buscarla al hospital donde decía trabajar y al no hallarla preguntó si asistiría a la noche siguiente y fue informado por la recepcionista que pasara a la dirección ya que el nombre de la solicitada no aparecía en la lista de guardia, que creía que probablemente ésta trabajaría de día pero que como ella entraba en el segundo turno no le constaba y no podía abundar al respecto, ya que se le había hecho tar… —así nada más “tar” porque a Lucita no le cupo la sílaba “de” y simplemente la dejó caer— y por lo tanto y a renglón seguido se veía en la necesidad de enviar al quejoso a la dirección a recabar mayores informes y que en la susodicha dirección fue informado el acusador que la que él llamaba su esposa jamás tenía turnos nocturnos, por lo cual el hombre tuvo que ser sujetado poniéndole las manos hacia atrás, cosa que hicieron dos camilleros que el director mandó llamar, temiendo que el hombre no estuviera en sus cabales, que vieron después cómo el hoy acusador salió trastabillando, fuera de sí, recargándose en las paredes pues sostenía con la deponente

relaciones sexuales siendo su legítimo marido como consta en el acta número 13797 a fojas 18, siendo ella mujer púber, multípara cuando la desposó hace siete años. Después el acusador procedió a ulteriores investigaciones abundando en lo que queda glosado en el expediente número 347597, sin el conocimiento de la deponente y logró enterarse que en su misma situación se encontraban los otros cuatro cónyuges a quienes procedió a informar de la quintuplicidad de la acusada. La presunta responsabilidad penal de la inculpada en la comisión de los delitos cometidos con un original y cinco copias (el original para Pedro Lugo Alegría, siendo él el primero y principal acusador que les imputa la Representación Social), se encuentra acreditada hasta este momento procesal, con los mismos elementos de prueba mencionados, en el considerando que precede, destacando la imputación directa que hace el ofendido y sobre todo la fe de la ropa y objetos personales de la inculpada en los cinco domicilios arriba mencionados así como los numerosos datos personales, pruebas fotográficas, dedicatorias de fotografía, cartas y misivas amorosas en que se prodigaba la acusada, aportados por los agraviados y ante todo la prueba indudable y fehaciente de las actas matrimoniales y los consiguientes actos que se derivan del susodicho y que a decir de los cinco y de la propia acusada fueron debida y enteramente consumados, a plena satisfacción, en la persona física de Esmeralda Loyden, dícese enfermera de profesión. Que la de la voz emitió declaraciones que no se encuentran apoyadas en alguna prueba que las haga creíbles y sí en cambio desvirtuadas por los elementos a que se hizo alu*c*ión —alu*c*ión con *c*—, que la de la voz no manifestó remordimiento en ningún momento ni pareció darse cuenta que se le imputaban cinco delitos, que nada tuvo que objetar salvo que tenía sueño, que la de la voz se presta con notable docilidad a que se le practiquen todas las pruebas y se lleven a cabo todas las diligencias que sean necesarias para el esclarecimiento de los hechos, así como las que promuevan las partes, de acuerdo con las fracciones III, IV y V del artículo 20 de la Constitución Federal, notifíquese y cúmplase, naturaleza y causa de acusación. En la misma fecha, la Secretaría de la Oficialía de Partes hace constar que el término para que las partes ofrezcan mayores pruebas en la presente causa empieza a correr a partir del día 20 de junio en curso y concluye el día 12 de julio próximo. Conste. Doy fe. Sí vale.

Cuando el agente del Ministerio Público estaba por poner su firma al calce, gritó enojado:

—Lucita, ¿qué pasó? ¡Otra vez se le olvidó el “Sufragio Efectivo no Reelección”!

Después, todo fueron murmullos. Unos cuentan que Esmeralda salió entre sus celadores rumbo a la julia seguida por la fiel Lucita, que le había preparado una torta para el viaje; García el escribiente, quien le besó la mano, y la mirada afectuosa del agente del Ministerio Público. Al despedirla volvió a instarle, tomando sus dos manos entre las suyas y conmoviendo a todos por lo sentido de sus palabras: “Esmeralda, mire lo que pasa por andar en estas cosas, hágame caso, está usted muy joven, aléjese de todo ello, Esmeraldita, formalita la muchacha, de ahora en adelante muy formalita”. Muchos espectadores hicieron sonreír a la presunta responsable al aplaudir su paso menudo y cantarino. Otros, en cambio, fueron testigos de que entre la concurrencia, detrás del barandal gris de madera pintado y vuelto a pintar con una capa cada vez más delgada, Esmeralda Loyden sintió que la taladraba la mirada intensísima de Pedro Lugo Alegría, su acusador, y en el otro extremo los anteojos de miope de Julio, quien le hizo una señal amistosa con la mano. En el momento de subir a la julia, Esmeralda no vio a Carlos, pero sí a Livio, con el pelo casi al rape y los ojos arrasados en lágrimas. Todavía alcanzó a gritarle: “¿Por qué te lo cortaste? Ya sabes que no me gusta”, cosa que inmediatamente consignaron los periodistas. Ninguno de ellos faltó, ni siquiera el agente viajero. Voces autorizadas han hecho circular el rumor de que los cinco maridos intentaron desistir de la acusación ya que todos deseaban que la de la voz regresara. Pero como ya la sentencia estaba dictada y no podían apelar a la Suprema Corte de Justicia porque el caso había recibido demasiada publicidad, tuvieron que conformarse con ir, cada uno por turno, a la visita conyugal en Santa Marta Acatitla, lo cual de todos modos no cambiaba mucho la situación *de facto et in situ*, puesto que anteriormente sólo la veían una noche por semana. Incluso ahora coincidían en no pocas ocasiones los domingos en la visita general, cada uno con algún antojito en el que tuvieron que ponerse de acuerdo para no repetirse y llevar un variado espectro que complaciera a Esmeralda así como a Lucita, a Carmelita, a Tere, a García, a Carvajal, a Pérez, a Mantecón y al agente del

Ministerio Público que de vez en cuando se presentaba muy circunspecto habiéndose aficionado a las respuestas de la acusada. Sin embargo, de todo ello no pudo hacerse un acta, ya que acusadores y acusada, juez y partes se arrepintieron de su desmesura al haber levantado la primera número 479/32/875746, a fojas 68, y todo quedó inscrito en el llamado libro de la vida que es muy cursi y que antecede al que en la actualidad se utiliza para consignar los hechos y tiene un nombre muy feo: certificación de cómputo. Conste, doy fe, sí vale.

Sufragio Efectivo no Reelección

ÍNDICE

Portada

Portadilla

Legal

Pero, usted, ¿no sufre?…

Elena Poniatowska (París, 1932), periodista y una de las escritoras más reconocidas de las letras mexicanas. Creadora de la literatura testimonial moderna, con *La noche de Tlatelolco*. Sus libros, en los que combina un estilo fresco con un compromiso social irrenunciable, son leídos por amplios públicos, y su obra, que recorre prácticamente todos los estilos literarios, es materia de estudio en varios programas académicos del mundo, además de haberle merecido múltiples premios y distinciones literarias.

Esmeralda Loyden, mujer chula, ingenua, dadivosa, tiene cinco maridos. Cinco, como los dedos de la mano. Uno para cada día de la semana. Cuando su poligamia es descubierta y Esmeralda es llevada ante el Ministerio Público a declarar se desarrolla una escena inmejorablemente retratada por Poniatowska, en la que las oficinas de gobierno, los trabajadores del Estado, el lenguaje y los prejuicios de los años setenta en la Ciudad de México son descritos con un divertido lirismo. "De noche vienes" es el último de 16 relatos que conforman el libro homónimo, publicada en 1979.

VIENTOS DEL PUEBLO

www.fondodeculturaeconomica.com